

EXPERIENCIA RELIGIOSA Y SALUD MENTAL

Sigmund Freud, ya desde 1904, ha mantenido continuamente un punto de vista respecto de la religión que, no sólo no lo varió, sino que interativamente lo vino exponiendo a lo largo de sus obras, principalmente las que él llamó **metapsicológicas**. Desde su **Psicopatología de la vida cotidiana** (1904), pasando por **Obsesiones y prácticas religiosas** (1907), **Totem y Tabú** (1912-1913), **Un recuerdo de infancia de Leonardo de Vinci** (1910), **El porvenir de una ilusión** (1927), el **Malestar en la civilización** (1930) hasta su obra póstuma **Moisés y el Monoteísmo** (1939), su tesis, con variables no muy acentuadas, defiende la idea de que la religión no es otra cosa que respuestas anormales a ciertos procesos insertos en el inconsciente colectivo, complejo de Edipo, cuyos orígenes se remontan a los tiempos en que las hordas humanas regían la vida social y que ahora lo revivimos en forma simbólica y dentro de una elaboración obsesiva. Freud es de la idea que la religión es una ilusión, y su porvenir está previsto en su desaparición. Cuando el hombre acepte su historia y sea capaz de tratar a sus impulsos sin las trabas que provienen del superyo tiránico, el recurso a la religión habrá desaparecido y el hombre no se verá obligado a recurrir a ella.

La incompatibilidad que Freud ve entre religión y salud mental no debe minusvalorarse. Freud estudió la "pseudo región" de sus pacientes, la que aquella sociedad podía ofrecer y la que los cristianos de aquellos medios sociales eran capaces de asimilar. Mucho de todo esto se halla aún presente en no pocos sistemas de aprendizaje religioso que, en ocasiones, llevan a semejantes conclusiones neuróticas. Pero la religión no es así. Más bien se trata de lo contrario.

La religión de base superyoica

Comienzo estudiando la que podríase llamar **religión superyoica**, esto es, la que se fundamenta en el superyo, en el sistema de aprendizaje religioso exterior, en la que se instala oficialmente, en la que las normas son su expresión "total".

Cualquier sistema de aprendizaje, y por tanto igualmente el religioso, no se elabora al margen de una situación histórica dada, prescindiendo de los determinismos que condicionan esa sociedad concreta. Es verdad que su elaboración es racional, atendiendo a las necesidades del individuo, pero no es menos cierto el hecho de que lo racional no es todo el sujeto pensante. En

Artículos

éste se presencian los influjos de la sociedad a la que pertenece. Y tales influjos no son sólo conscientes. También la relación individuo-medio ambiente **se enriquece** con conexiones inconscientes. Por ello, la actividad de la mente es una actividad consciente e inconsciente, individual y cultural.

El maestro de escuela o el teólogo sutil disfrutan o padecen este “compromiso” con la sociedad a la que pertenecen. Y por esta razón, lo que enseñan o escriben no es todo elaboración racional (consciente) e individual. Al mismo tiempo, se observa en sus ideas la acción inconsciente de ellos mismos y la que proviene de las circunstancias sociales en las que vive.

Podríamos llamar **superyo** a ese conjunto de influjos, en su mayoría inconsciente, que los miembros de cualquier sociedad interiorizan por el mero hecho de vivir en esa concreta sociedad. Este superyo viene dado por normas modos de sentir y motivarse, capacidad de selección, de defensa, de hablar y expresarse. En cualquier caso, el superyo trabaja como una poderosa **censura** que elimina aquello que contradice los requerimientos oficiales —conscientes e inconscientes— impuestos por la sociedad concreta. Por esta razón, las **disposiciones adquiridas mediante** sus ininterrumpidos influjos están condicionando el comportamiento total de sus miembros. Diríamos que el superyo es la sociedad concreta interiorizada hasta el inconsciente individual, y que desde estas profundidades trata de dirigir la conducta humana procurando adaptarla a las formas establecidas del medio social al que se pertenece.

De esta forma, los **ideales** de los individuos no se diferencian tanto de los ideales de la comunidad. Y lo que ésta considera sagrado, ventajoso, defendible, lo consideran igualmente quienes viven en ella. A la vez, lo prohibido, censurado, lo deseable para esa comunidad, lo será con mayor o menor intensidad, para quienes se han educado en su medio.

De lo anterior se deduce que cualquier sistema de aprendizaje arrastra contenidos manifiestos y contenidos latentes. Los primeros serán conscientes, los otros inconscientes. Y estos últimos representan los “ideales” de la sociedad dominante. Quien se somete a ese sistema de aprendizaje religioso no sólo se beneficiará de la “pureza” —consciente— de esa doctrina sino a la vez interiorizará esos ideales que, conjuntamente con lo anterior, se hallan incrustados en las enseñanzas religiosas.

Ahora bien, entre las muchas funciones que caracterizan al superyo una de ellas es la de **censurar** la actividad del consciente, a menudo recurriendo al yo quien con su sistema de defensas puede fortalecer la acción de aquel. O sea, el consciente, aun cuando elabora sus conceptos “en privado”, se halla de hecho sometido al trabajo censor del superyo. Este, se cuidará que el yo consciente pueda concluir más allá de las “ventajas” oficiales renocidas por el superyo, es decir, por la sociedad instalada. Por tanto, en el sistema de aprendizaje religioso, reconocido como el oficial, se habrán logrado las “purificaciones” pertinentes con el fin de que no perturben la hechura rígida y dominante que gobierna la actividad social. Tal cosa ha ocurrido, con mucha frecuencia, en la predicación del Evangelio, por lo que Karl Marx, no con poca razón, la vio al servicio constante de los intereses burgueses y del “establishment”.

Las experiencias religiosas que provenían de esta “formación cristiana” en verdad que no eran autónomas, sino dirigidas sutilmente —heterónomas— por los intereses impuestos en toda la sociedad, los que favorecían, y aún favorecen, al narcisismo de clase o grupo dominante.

Freud observó este fenómeno con su habitual genialidad. Y su crítica fue tan firme como merecía el caso. No podía llamarse experiencia religiosa aquello que representaba los intereses de clase o grupo, aquello que confirmaba no una relación entre Dios y los individuos, sino entre estos y la sociedad dominante. Diríamos que esta era más bien una **experiencia de alienación** o de esclavitud a las pautas en vigor. Jamás tales experiencias podían consolidar al creyente; dicho de otra forma, aquellas experiencias tenían que chocar firmemente con las necesidades religiosas fundamentales del hombre, y por ende, con su salud mental. Por esta razón, difícilmente se compaginarán experiencia religiosa y salud mental.

En el fondo de todo esto, insistamos, la experiencia era un **a priori** cultural, una serie de vivencias amparadas por la represión impuesta al ello por el superyo y a cuyo servicio se consagraba el yo inconsciente, dominando así toda la actividad religiosa del sujeto. Para escapar, de alguna manera, a los efectos de la represión, se recurría a la sublimación, pero esta fórmula de evasión no era otra cosa que la confirmación de la alienación religiosa. Por ello, hoy en día se rechaza todo este andamiaje cargado de "ventajas" dominantes que anulan las tendencias más legítimas y convierten a la experiencia religiosa en una experiencia de sumisión y enajenación a favor de las estructuras dominantes, que son eminentemente burguesas en su mayoría.

Una religión de cuño elloico

En nuestros días se trabaja de otra forma. O por lo menos se ha iniciado formas superadas de organizar la educación religiosa de otra manera a la superyoica. Las atenciones se vuelven al **ello**. Este representa el acervo de necesidades y tendencias netamente humanas, más acá de las imposiciones ambientales. Las normas no son el criterio dilucidatorio de la verdadera experiencia religiosa. Mucho menos lo será el quedar bien con las exigencias oficiales de la sociedad de turno dominante. Se orienta hacia el individuo, hacia su interioridad, allí donde se han de cimentar las legítimas disposiciones adquiridas para la tal experiencia religiosa. Es decir, el sistema de aprendizaje trata de liberarse de las imposiciones oficiales reinantes en los grupos sociales de imposición.

En este sentido, la experiencia religiosa es experiencia de **liberación**. Sus ideales son personales y no superyoicos. Liberación significa desarrollar las oportunidades de la propia expansividad, esto es, permitir, capacitar o facilitar al ello su legítima actividad más allá de toda represión y sublimación. Estas son producto del impacto restrictivo de la sociedad vigente. El ello, por su parte, aunque admite controles legítimos y creación de organizaciones dinámicas, persigue a toda costa participar en el comportamiento de los individuos según sus propias leyes, más allá de toda opresión determinada por el fatalismo histórico, que impera en las estructuras sociales de cuño burgués principalmente.

El sistema de aprendizaje religioso debe tener ante sus ojos, como primera medida, las exigencias del ello que ha asimilado las organizaciones psíquicas primeras como disposiciones adquiridas, bases para la transcendencia adulta, como son la "omnipotencia", la imagen "del otro", la posibilidad de "comunicación", la "transcendencia", etc. El sistema de aprendizaje que así trabaja, será **liberacionista** y no "desarrollista" como ocurre cuando el énfasis se pone en el superyo externo.

Artículos

De aquí se deduce que la verdadera conciencia religiosa es interna (elloica) y no externa como decía Freud, en el fondo "defensor" del "establishment".

La salud mental, que siempre se relaciona con las tendencias inconscientes, no sólo se verá libre de dificultades sino, por el contrario, se sentirá básicamente estimulada con tales formas religiosas de conducta. La liberación apunta hacia un pasado represor inserto en los sistemas caducos de aprendizaje. Es decir, la historia que sirvió para "inspirarlos" arrastra sus propios conflictos, origen de las dificultades presentes. O sea, al institucionalizar los sistemas de aprendizaje religioso, se institucionalizaron en ellos las alienaciones culturales, y a través de estos, los individuos llamados creyentes perpetuaban con sus vivencias religiosas las pautas de alienación represora que significaban las sociedades burguesas. Ahora se comprende cómo con frecuencia, con abusiva frecuencia, la predicación enfatizaba la necesidad de sublimizar la vida humana. Afortunadamente, todo esto está invadiendo la mente de los teólogos y pastoralistas, a fin de liberar a la enseñanza religiosa de las esclavitudes que las viejas sociedades impusieron y siguen imponiendo a los pueblos que viven bajo sus presiones. Hay, pues, en todo esto, una legítima vuelta al individuo.

La irrupción del yo

Naturalmente que la vida religiosa no es una vida puramente impulsiva. A su tiempo, el yo deberá tomar las riendas de la experiencia religiosa. A medida que ese yo se hace con su autonomía y las responsabilidades de las decisiones propias, igualmente incorporará a sus controles las vivencias religiosas de fundamentación elloica.

El yo no rechazará las normas y prohibiciones que necesariamente participan en toda actividad humana. Pero estas, en realidad, tanto tendrán de vigencia cuanto favorezcan las facilidades elloicas a favor de la experiencia religiosa. Ya no serán ni un fin en sí mismas, ni quienes impongan los criterios de legitimidad o ilegitimidad, los que califiquen de bueno o malo aquello que proviene del hombre. Sólo expresarán en su formulación consciente y lógica lo que anteriormente se ha desarrollado elloicamente, esto es, conforme a los impulsos básicos vitales.

La experiencia religiosa es experiencia política

Y, sin embargo, habrá que afirmar que la experiencia religiosa es **experiencia política de Dios**. A no ser que defendamos una fe solipsista, egoísta, desencarnada, incomunicada, Dios ha de interiorizarse políticamente.

La palabra política está cargada de malos entendidos y de vivencias de rechazo. Es una palabra que merece desconfianza en virtud de la sucia utilización que normalmente hacen los llamados políticos de ella. Aquí, no obstante este obstáculo para su empleo, hemos de usarla para expresar la politización de la experiencia religiosa.

Toda formación y desarrollo humano es, en el fondo, político, es decir, en relación comunicante y comunicada con la **polys**, esto es, con la ciudad, con la sociedad. Decir que Dios es político no es otra cosa que afirmar que Dios es social, vuelto al mundo como dice el evangelio de San Juan. Y así, la salud mental es también un acontecimiento político en la vida de los hombres que la disfrutan.

El trabajo de liberación conlleva la necesidad de distinguir la verdadera polys de la que ha servido hasta el presente para la institucionalización de la injusticia y de las perturbaciones de la personalidad y del comportamiento.

Históricamente visto el asunto, se ha identificado sociedad con estructuras de dominación, o sea, con instituciones de control, dominio y poder, instituciones en manos "privilegiadas", escasas en relación con las gentes que componían la población total y con intereses y beneficios de lado con los de esa masa excluida. Se ha pensado, erróneamente por cierto, que los participantes de esta sociedad clasista vivían ajenos a represiones y que, en consecuencia, sus respectivos ellos o, mejor dicho, su ello colectivo se encontraba satisfecho tanto respecto a sus necesidades fundamentales como a los modos de gratificarlas. En verdad que esto no es cierto. Pues de lo contrario estarían desalienadas, cosa que no parece cierto. Su alienación—su represión— es diversa a la que padecen los marginados. Los miembros de esta forma de vida son eminentemente "ajenos" a sí mismos, puesto que, en el fondo de sus motivaciones, se enraizan los cuidados y actividades requeridos para poder perpetuar esa situación de "privilegios adquiridos". No, estos constituyen una forma de superyo idealístico, terriblemente exigente, que los obliga a mantener en vela sus cinco sentidos y todos los recursos de actividad. Más aún, ese superyo idealístico viene a desarrollarse como la "motivación fundamental" de todos sus quehaceres. Por esta razón, el ello tampoco en estos individuos coincide con la forma de comportamiento asumida.

La identificación que aquí se observa, ha sido precedida por un grado más o menos de idealización, que motivó el desplazamiento de las mejores energías del ello, hasta el punto de otorgar a ese superyo idealístico una cierta autonomía que gobierna al yo y esclaviza al ello. No obstante, en virtud de la misma identificación, ya no es posible al "oligarca" prescindir de su propia reificación, puesto que la misma identificación obliga a defender el sistema establecido con la misma furia que se defendería eventualmente la propia personalidad.

La alienación, en estos individuos, ha tomado tres vertientes que la expresan cabalmente. La primera forma de alienación se polariza en la posesión de bienes materiales, cuyo símbolo es el dinero. De aquí proviene la pasión de defensa que se suele desarrollar hostilmente contra todo aquel que intenta, de cualquier manera, desbancar a los reificados de sus posiciones "privilegiadas". Esta polys materialista ha logrado reunir en su torno buena parte de las represiones del ello, que sufren estos individuos, es decir, los impulsos de autonomía, de contento, de disfrute, etc., permanecen casi en estado embrionario, lo que se muestra a menudo por los estilos de conducta que toman a modo de defensas contra esta alienación.

Seguramente que en torno a lo anterior, se desarrollan también determinados sentimientos que sirven para proteger los niveles sociales adquiridos. Con frecuencia, se los encubre bajo compromisos admitidos socialmente, tales como el matrimonio clasista, amistades de la "hi-li", parentescos artificiales dentro del mismo clan, etc. Podría afirmarse que los afectos que aquí se ponen en juego están condicionados por el status social alcanzado. Por esta razón, esa vida de amores no representa a las tendencias elloicas sino a las pautas superyoicas que provienen del medio prestablecido económicamente.

Finalmente, esta sociedad condenable lleva a otras consecuencias con matices variados pero que podrían centrarse en cierto espíritu de soberbia

Artículos

que se manifiesta en las imágenes que de sí mismos poseen estos sujetos. La valoración abusivamente narcisística que se crea en su torno, los lleva a hacerse con la idea de una autonomía absoluta sobre los derechos de los demás, compensándolos con sentimientos autárquicos polarizados en el apellido y la piel, en el nivel socio-político-económico alcanzado, en los intereses clasistas que de todo esto se desprende.

Esta polys la condenamos sin reserva. Es evidente que estos individuos insertos en ella, en cuanto que han dispuesto de todos los medios requeridos para organizar los sistemas de aprendizaje, han logrado influirlos mediante la proyección en ellos de su propia psicología y cuyos efectos perniciosos estamos pagando ahora. A menudo hemos podido observar este hecho en la enseñanza de la religión, cuyos programas de estudio, si bien no acusaron ningún dogma contra la Trinidad, han evadido todo compromiso con la Iglesia, sobre todo con la Iglesia marginada. Hoy día, ya no es posible seguir manteniendo esto y las rebeldías que se han ido suscitando paulatinamente no son sino signo, de indiscutible valor, de la necesidad de liberación que los hombres ponemos en todos nuestros gestos, implicando en esta protesta colectiva todas las instituciones —con toda razón, también ciertas organizaciones clericales— que han venido representando la alienación institucionalizada.

La experiencia religiosa es política. Pero no se refiere a esta polys. La polys que interesa es aquella cuya existencia se halla abierta a los caminos del espíritu que reclaman la liberación. Es la sociedad del ello-yo y no la sociedad del superyo-yo. La polys de corazón limpio e inocente, es decir, de entrañas de purificación. Una polys que se margina triplemente de la sociedad alienada. Se margina de su pecado de soberbia, mediante la obediencia al amor social. Se margina de su pecado de propiedad privada acumulada, mediante la pobreza amorosa respecto de los monopolios del poder y dominio. Se margina de los afectos burgueses, mediante la castidad en las aspiraciones del corazón. Esta sociedad no desea sustituir las viejas trabas represoras por otras de "fabricación circunstancial". Todo lo contrario. Las necesidades básicas han sido alienadas y reprimidas por el afán de sensaciones reificantes, de afectos comprometidos con el "establishment" y de los sentimientos de autonomía monopolística, sentimientos provenientes de los procesos anteriores. Por ello, cierto grado de obediencia, de pobreza y de castidad, significan la liberación de los pecados que implican las tres maneras de alienación hoy vigentes. O sea, que un grado de esas virtudes viene a repercutir en la desalienación consiguiente. La represión originante de la alienación y hábilmente manejada por la sociedad tecnológica, ha supuesto el abuso de las "ventajas" del "establishment" sobre los beneficios de los impulsos vitales organizados conforme al inconsciente colectivo, sede del ello colectivo.

La salud mental nunca ha podido militar a favor de esa sociedad alienada como abrumadoramente lo demostró Sigmund Freud.

Conclusiones

La experiencia religiosa se basó, siendo legítima, en las tendencias del ello y no en las imposiciones del superyo. El ello, conforme a su desarrollo, a medida que se entrelazaba con la vida propia y ajena, fue organizándose de manera que al fin viniera a facilitar al yo el control de la conducta transcendente.

La comunicación hijo-madre hizo posible la comunicación de dos seres humanos a lo que Freud llamó narcisismo y Caruso completó la expresión en **narcisismo dual**. Aquí se organizan las primeras referencias a los otros, a partir de la imagen materna introyectada como "omnipotencia" en frase de Otto Fenichel y de los psicoanalistas ortodoxos. En esta comunicación-cooperación del hijo con la madre y viceversa, se esconden las raíces de la salud mental de los humanos. Todo depende de si el superyo va a ser normativo y prohibitivo, o sea, represor del ello, o por el contrario, va a estimular el desarrollo de las tendencias energéticas del hijo. Pues el superyo no tiene que ser prohibitivo y represor en todo caso. Ello dependerá si es fiel a una sociedad que representó la represión o bien proviene de otro medio humano diverso. El superyo juega pues un posible doble papel. Hoy **día se ha abierto paso a una nueva sociedad** en la que el aprendizaje religioso no se vaya a llevar conforme a viejos estilos. Con mucha frecuencia se viene preguntando el teólogo y el pastoralista sobre las posibilidades de una enseñanza conforme al hombre y no a lo que se haya institucionalizado, reduciendo la experiencia del caso a un simple reproducir en uno mismo las pautas oficiales del status social.

Por ello cabe afirmar que, en realidad, Freud no criticó a la religión en sí, como tampoco lo hizo Marx. Sino que ambos se dirigieron a la que podían reconocer en aquellos que se acercaron a sus cuidados. La salud mental no tiene otras bases que las que reclama la experiencia religiosa adulta.